

Antonio: entre un poema y un sueño

Por **Eugenia Montero**



Eugenia y Antonio, *Archivo de Eugenia Montero*

Era una tarde de febrero, llovía sin cesar, pero era una lluvia suave que ponía un brillo plateado en el asfalto. Iba de la mano de mi madre, llevaba aun trenzas y calcetines. Llegamos a la calle Coslada, al número 7, que se abría en un largo zaguán con una puerta al fondo de madera antigua estilo castellano. Benito, el portero, uniformado, la abrió sonriente y atento preguntó: *¿Qué desean? Tenemos cita a las 8 con Antonio. Pasen. D. Antonio está ensayando. Les recibirá D. Honorio.*

Estábamos en un gran recibidor que tenía algo de la escenografía de las *Sonatas del Padre Soler*, el ballet en el que había visto por primera vez a Antonio bailando una de las sonatas en el Teatro Español en una actuación a beneficio del cáncer. Yo, alumna de ballet clásico en la academia de Karen Taft, quedé fascinada ante su ligereza, sus brazos, el sonido de sus palillos, la sonrisa, la expresión de su rostro, y sus ojos cuando, estábamos en un palco platea, al pasar muy cerca, quedaron por un instante fijos en mí. Parecía mirarte. Todo él era seducción, encanto. Era el alma de la danza en una bellísima figura, en un rostro igualmente bello y personalísimo.

Recordaba aquella tarde con la sensación de que todo formaba parte de una predestinación que me había conducido siempre hacia Antonio. Fue el primer encuentro de una historia de sonrisas y lágrimas, de esfuerzos y éxitos y, sobre todo, de amor, de entrega a la danza a través del ejemplo de Antonio.

Mientras los pensamientos surgían como un torrente, apareció Ayala, el regidor de la compañía: *Yo las acompaño*, nos dijo. Subimos unas escaleras, llegamos a una galería y finalmente a una de las puertas. Ayala tocó suavemente, la abrió: *D. Honorio, esta señora y su hija vienen a ver a D. Antonio. Pasen. Gracias Ayala.*

Ayala se fue cerrando la puerta. Estábamos en un despacho con muebles oscuros y fotos de Antonio y del ballet. Honorio, administrador, artífice en gran parte del mundo que rodeaba a Antonio, nos indicó unos asientos. Era muy personal, educado, piel pálida, grandes ojos observadores, cierto aire distante. Nos dijo: *Antonio está ensayando, termina a las ocho. No tardará.*



Eugenia y Antonio, *Archivo de Eugenia Montero*

Se escucharon unos pasos, un sonido vivo, casi musical, mezcla de taconeos y repique de castañuelas. Antonio entró en el despacho, vestía de negro, suéter, pantalón, cinturón ancho de goma y botas también negras. Parecía una estampa del poema de Lorca: "Moreno de verde luna, anda despacio y garboso, los empavonados bucles le brillan entre los ojos". Estaba empapado en sudor, parecía feliz, nos miró con una gran sonrisa. Volví a sentir esa fascinación que Antonio ejerció siempre en mí. Honorio hizo un ademán hacia nosotras y dijo: *Esta señora y su hija traen una carta de Paco Reyes para ti.*

Antonio se dirigió a mi madre y le dio la mano, se miraron como si se conocieran, había algo entre ellos especial que parecía acercarlos, luego me miró complacido, leyó la carta, volvió a mirarme y me dijo: *Ven mañana.*

Y salió con la misma sonrisa, dejando el sonido de sus pasos y ese halo que le rodeaba y dejaba como una estela. Honorio observaba atento, con su aire serio y amable y una sonrisa apenas esbozada y dijo: *Me alegro mucho, el trabajo aquí es duro, Antonio es muy exigente, pero aprenderá, se formará, y espero que se encuentre a gusto.* Nos despidió con la misma amabilidad con que nos había recibido y salimos del estudio con el corazón y la mente alborozados.

Para entrar en el Ballet de Antonio había que hacer una audición de baile español y de danza clásica, pasados 15 días te llamaban y te decían si entrabas en la compañía. Creo que Antonio debió ver algo en mí que le gustó, fui la única bailarina que no hizo una audición para entrar en su ballet.

Al día siguiente empecé a formar parte del Ballet de Antonio, el más importante de España y, desde el ámbito privado, uno de los más importantes del mundo en el que Antonio despertaba admiración, entusiasmo, ovaciones interminables. Cuando no había compañías estatales ni ayudas a la danza, pero existían los Festivales de España que el Ballet de Antonio recorría en medio de la expectación de la gente, del eco de la prensa que seguía sus actuaciones, y de críticas admirables de Enrique Franco, Enrique Llovet, Ángel del Campo, que elogiaban su entrega, su genialidad, sus coreografías, sus estrenos, su Ballet, solo Antonio Fernández Cid, en ocasiones, discrepaba de los cambios de tiempo que Antonio daba a la música en la *Farruca del Molinero* del *Sombrero de tres picos*, la *Pantomima del Amor Brujo*, o el *Paso a Dos de Fantasía Galaica*.

Los primeros años fueron difíciles, duros, terribles, sorprendentes y maravillosos, cuando Antonio aparecía en aquel estudio único en el mundo, su palacio y su refugio y, también, un templo de la danza. Una sala para la clase de ballet, camerinos, aseos. Un teatro que era el centro, el corazón del estudio, con un escenario en

el que cabían 40 o 50 bailarines. Debajo se guardaban los cestos de mimbre que en los viajes guardaban la ropa de los ballets. Camerinos a las espaldas, en los pisos altos. Y el despacho, las oficinas, la sastrería donde Martina y Paquita, trabajaban diariamente para que la ropa estuviera perfecta.

Ante el escenario, donde podía estar el patio de butacas, un gran salón con un amplio sofá, sillones, asientos y muebles castellanos, cerámica española, un gran y antiguo tapiz al fondo. Un cuadro de Juan Antonio Morales: Antonio de cuerpo entero con malla blanca, camisa anudada también blanca y a los pies su perra Solea. Los ojos de Antonio, la mirada tenía algo del águila mirando desde las alturas. Era un cuadro magnífico que reflejaba a Antonio como un príncipe del Renacimiento.

Dibujos de Picasso y Jean Cocteau, figurines de Cortezo, Viudes, Anchoriz, escenografías de Caballero, Muntañola, Karinska, Dayde... Fotos de Antonio, del Ballet, cubriendo las paredes.

El camerino de Antonio en el que se unían un sentido decorativo muy español, elegante, lleno de detalles, en el que se concentraba lo preferido por Antonio, lo más cercano y escogido de dibujos figurines y fotos.



Antonio Ruiz Soler, *Juan Antonio Morales*
Museo del Teatro

Al estudio iban con frecuencia Jean Louis Mathieu, un conocido relaciones públicas, el periodista Olano, el fotógrafo Gyenes, productores, actores. La duquesa de Alba, unas veces sola y otras acompañada de la marquesa de Llanzol. Los directores de cine Michael Powell, Ricardo Blasco. Alguna vez Antonio Gades que entraba como de puntillas, asombrado y con profundo respeto. Con los ballets o películas que se iban montando, venían Carlos Viudes, Vitín Cortezo, Muntañola, Bernard Dayde, Leo Anchoriz, que era también actor, Ludmila Tcherina...

Todos los días había clases de ballet, de 11:00 a 12:30, para las chicas, de 12:30 a 14:00 para los chicos. Las daba madame Ivanova, una maestra muy dura con las bailarinas, como yo, nuevas.

Los ensayos se repartían, desde las 16:00 a las 20:00, entre el escenario y la sala de clase de ballet. Había



BNE Centenario Antonio Ruiz Soler, *Manutoro*

días en que los ensayos se podían alargar hasta las 21:00 h. Si llegabas tarde, estabas mal peinada o mal vestida, te ponían multa. No podías hablar en las clases de ballet ni en los ensayos.

Había una gran disciplina que controlaba los caracteres diferentes, la disparidad de criterios, los arrebatos y el cansancio.

Lograr, desde el conjunto, ser Solista del Ballet de Antonio y, después, Primera Bailarina, supuso un gran esfuerzo, superar dificultades de todo tipo, pero la salida a escena, esa sombra mágica y maravillosa que es el público, la emoción del aplauso, compensa de todos los esfuerzos.

Mi recuerdo de Antonio es un recuerdo apasionado en el que se mezclan la admiración, el amor, la comprensión. A pesar de mis pocos años, creo que entendí como era y, sobre todo, conocí lo mejor de su personalidad

Antonio, el Genio de la Danza, el más grande bailarín de España, uno de los más grandes del mundo, entregaba su corazón cuando bailaba. Esa verdad, esa entrega absoluta era la que despertaba la emoción y le ha hecho inmortal.